

EL VIAJE

A Hans-Dieter Clausen

No se decide aún la población a desentumecer los miembros de su actividad. Tampoco acaba de romper el día. Lluve menudo. (Aquí, cerca del litoral la garujilla del alba suele prolongarse en otoño hasta el despertar de la ciudad). ¡Cómo hierve la calle al frotar fugaces su pavimento mojado las ruedas del solitario automóvil! Es un hervir sonoro y fresco, como el de la resaca de una ola entre el acantilado.

En la acera escucha, desde hace rato, un viajero el esporádico deslizarse de los neumáticos sobre el asfalto húmedo. De cuando en cuando, sin abandonar el ligero balanceo de su brazo colgante, vuelve curioso los ojos a derecha e izquierda, como si esperara una señal, o una persona, o un milagro. Empuña una cartera de documentos. Poco llena, a juzgar por su aspecto. Con la otra mano cierra el cuello sin botón de la vieja gabardina que le cubre. A veces levanta su cara al cielo. No aclara el oscuro gris; parece, por el contrario, cerrarse más y más sobre las siluetas de las azoteas a medida que transcurren los minutos.

El viajero mira de nuevo el sinfín de la calle.

Distingue ahora tenuemente, muy a lo lejos, las luces de otro auto que se acerca. Ya percibe la fluida sonoridad de su marcha. Es como una ese muy suave que crece, crece, hasta pasar convertida en continuo chasquido despidiendo viento fresco.

—¡Taxi, taxi..!

El auto ha parado unos metros más allá.

El viajero respira hondo.

Se acerca, ni de prisa ni de despacio, a la ventanilla del conductor. Sin decir palabra le mira bien a la cara con

ojos penetrantes y una sonrisa de satisfacción. Luego hace ademán de abrir la puerta para tomar asiento en la parte posterior del coche.

—Voy a Pinosanto.

—¡Un moment!

El conductor le ha detenido con el gesto. El viajero aguarda sorprendido. El taxista reflexiona un instante.

Al viajero le impacienta su silencio.

—Pero bueno, ¿qué pasa?

El taxista detiene sus ojos en los zapatos del viajero. Luego le mira a la cara gruesa, sudorosa. No es sudor, es agua de llovizna.

—Que es un viaje muy largo. Hoy, además, tenemos barco, y ya sabe: hay que atender al turismo.

—¡Hombre, qué gracia! ¿De modo que usted no quiere llevarme?

—No es que no quiera. Otro día sería diferente; pero precisamente hoy... Además, con este tiempo.

—Oh, no le preocupe el tiempo. En el campo no llueve. Si lo prefiere le abonaré el viaje por adelantado.

—Comprenda usted: no es el dinero, es la obligación...

—¡Por eso mism!

Sin esperar más sube el viajero al coche con enérgico ademán. El taxista no se opone; sólo hace un gesto de fastidio. Arranca su vehículo.

—Vaya por el norte.

Los campos se clarean a medida que el taxi se aleja de la ciudad. Los primeros destellos, débiles aún, lamen con timidez desde el horizonte a las nubes huidizas.

El cuello del chófer es recio y moreno (el viajero no sabe si de sol o de rafia). Algunos mechones de pelo rizado, grasiento, se escapan a los lados de la oscura gorra de plato. Las manos, gruesas, de vellosas raíces, reposan con seguridad de rutina sobre el volante gris. La derecha salta de vez en vez a la palanca de cambios y la mueve con precisión automática.

No hablan.

Un hondo barranco serpentea a la derecha; al lado izquierdo, por las asperezas del húmedo risco, trepan con individual desorden veroles y culantrillos. Los eucaliptos salen inesperadamente al encuentro del vehículo. Parece

ojos penetrantes y una sonrisa de satisfacción. Luego hace ademán de abrir la puerta para tomar asiento en la parte posterior del coche.

—Voy a Pinosanto.

—¡Un momento!

El conductor le ha detenido con el gesto. El viajero aguarda sorprendido. El taxista reflexiona un instante.

Al viajero le impacienta su silencio.

—Pero bueno, ¿qué pasa?

El taxista detiene sus ojos en los zapatos del viajero. Luego le mira a la cara gruesa, sudorosa. No es sudor, es agua de llovizna.

—Que es un viaje muy largo. Hoy, además, tenemos barco, y ya sabe: hay que atender al turismo.

—¡Hombre, qué gracioso! ¿De modo que usted no quiere llevarme?

—No es que no quiera. Otro día sería diferente; pero precisamente hoy... Además, con este tiempo.

—Oh, no le preocupe el tiempo. En el campo no llueve. Si lo prefiere le abonaré el viaje por adelantado.

—Comprenda usted: no es el dinero, es la obligación...

—¡Por eso mismo!

Sin esperar más sube el viajero al coche con enérgico ademán. El taxista no se opone; sólo hace un gesto de fastidio. Arranca su vehículo.

—Vaya por el norte.

Los campos se clarean a medida que el taxi se aleja de la ciudad. Los primeros destellos, débiles aún, lamen con timidez desde el horizonte a las nubes huidizas.

El cuello del chófer es recio y moreno (el viajero no sabe si de sol o de raña). Algunos mechones de pelo rizado, grasiento, se escapan a los lados de la oscura gorra de plato. Las manos, gruesas, de vellosas raíces, reposan con seguridad de rutina sobre el volante gris. La derecha salta de vez en vez a la palanca de cambios y la mueve con precisión automática.

No hablan.

Un hondo barranco serpentea a la derecha; al lado izquierdo, por las asperezas del húmedo risco, trepan con individual desorden veroles y culantrillos. Los eucaliptos salen inesperadamente al encuentro del vehículo. Parece

las primeras palabras que los dos hombres se cruzan. Se encoge de hombros. Al penetrar se siente envuelto en una humedad caliente. También le detiene cierto tufo nuevo, desconocido. Al fondo elige un lugar. Piensa en cucullas. A lo mejor se enfada el viajero si no se da prisa. Desde su oscuro rincón cree adivinar el murmullo de la conversación. Por momentos le parece que no hablan; sólo escucha la sordera del silencio y el suave impulso de una brisa repentina que desentraña el follaje de los árboles cercanos.

«En realidad no tengo muchas ganas; pero que sepa que yo también tengo derecho a esto, sí señor. Porque, bien pensado, quien tiene que decidir soy yo, y no él. No sé ni cómo me dejé comprometer para este viaje. ¿A qué me dio por darle disculpas, que si barco, que si turismo, que si el tiempo? Tenía que haberme negado radicalmente, para que viera que si vengo es porque me da la gana. ¿Y el cabo municipal? El cabo es un imbécil. A quién se le ocurre: que uno tiene que estar al servicio del público... ¡Vaya usted a freir espárragos, señor mío! Eso es. Pero claro, ¿quién se atreve a decir que no, ni a buscar razones? De todas formas, aunque uno tenga que aguantarse...»

Le gusta el olor del suelo cuajado de estiércol.

«Aquí, por lo menos, se respira la naturaleza pura, y no los vapores de gasolina o el hedor de la grasa y el aire podrido de la ciudad... Mmmmm... ¡Ahhhh..! Es triste que ni siquiera le den a uno las gracias cuando cumple con las reglas del tráfico, que sólo sirven para entorpecer más la circulación.»

El sol fresco de la mañana campesina resquebraja sus pupilas al abandonar la oscuridad. Los dos hombres conversan aún allá enfrente, de espaldas. Se dirige al taxi sin llamarles la atención. El pastor se rasca la coronilla y habla gesticulando con la cachorra en la otra mano. Al poco se sacude de hombros el viajero:

—¿Y a mí qué me cuenta? Yo de eso no entiendo y ni me va ni me viene.

Se ha quitado la gabardina y la lleva doblada sobre el brazo izquierdo. Empuña más fuerte la cartera. El cabrero suspira y guarda silencio. Al cabo exclama despacio, casi para sí:

—¿Qué le vamos a hacer? Paciencia: quien con veneno se cría, el veneno le da la *vía*.

El viajero percibe un hálito extraño en el recodo más íntimo de su conciencia. Prefiere ignorar por qué. Trata de dominar el silencio bebiéndose con los ojos el paisaje inmenso.

—¡¡Eh, oiga!!

Se sobresalta al oír la voz inesperada.

—¿Es que me va a hacer perder usted toda la mañana?

El conductor, sentado ya al volante, le escudriña el alma con el ceño fruncido.

No contesta el viajero.

Se acerca sin prisa.

Nada dice al entrar en el auto. Sólo protesta, puerilmente, con un portazo sordo.

Ronca el motor al reanudar su esfuerzo.

Dura es la cuesta... Más curvas...

Veintidós minutos.

* * *

—¿Ve aquel escoberzo retorcido? Pues allí, a mano izquierda, entra la pista de Pinosanto.

—Usted manda. Y si la pista no está asfaltada ya sabe que le cobro cualquier desperfecto que sufra el coche.

El piso es firme al principio, pero su irregularidad de nivel obliga al conductor a reducir la marcha.

—¿Falta mucho?

—¿No ve allí la higuera? Más acá hay otro cruce. No tiene sino que echar por la izquierda. Pero mejor es que entre reculando, porque allá abajo no tiene dónde dar la vuelta.

—Yo me sé lo que me hago.

El taxi entra de frente.

—Usted sabrá lo que hace.

Por el lomo del cerro arisco desciende la improvisada pista de tierra. Sus límites se esfuman entre los pedruscos. Apenas se reconoce ya camino alguno. El coche va por donde único puede.

—Aquí es. Pare.

El conductor frena con cuidado. A ambos lados llaman los cauces resecos desde lo hondo.

—¿Es esto Pinosanto? Aquí no hay ni pino ni alma viviente...

El viajero toma su cartera y su gabardina. Se apea.

—Yo voy a lo mío y usted sabrá lo que hace: ya le advertí que aquí no se puede dar la vuelta.

—Descuide: chófer soy para mucho más.

Pone de nuevo el motor en marcha. El viajero se aleja unos pasos y se vuelve a contemplar la maniobra.

Sudan las manos del taxista. Con los ojos clavados en el vacío manipula los cambios. Parece concentrar en los pies todo el tacto de su cuerpo. En realidad, cada fibra del automóvil participa de sus sentidos.

—¡Cuidado!

Una rueda delantera ha cedido terreno. Varios metros más abajo rebota la carrocería de plano contra el risco vivo; el crujido es estremecedor. Luego se destroza el auto arrastrando vertiginosamente escobones y retamas, tropieza con estruendo en la peña solitaria y se precipita al fondo entre polvo, piedras y arbustos arrancados de cuajo.

Con aburrida calma se disipa la polvareda. El viajero contiene la respiración cuanto puede. Trata de acallar su primer sobresalto. Desde arriba observa la lejana masa informe de metal y carne humana. El largo silencio que se sigue armoniza con la increíble quietud de los restos.

«Al fin y al cabo, el imprudente fue él. Lo que no le perdono es la papeleta del regreso: menudo problema. Quien tendrá que pagar la cuenta del zapatero es mi bolsillo... Desde luego, más vale un taxi a mano que cien despeñados.»

* * *

No sabe el tiempo que ha permanecido allí clavado, inmóvil, mirando escéptico hacia abajo. Echa a andar al fin su camino. Tan sólo le acompaña su impresionante soledad. Es peligroso el andurrial. Ya lo conoce de otras veces. Salta de piedra en piedra con esa extraña naturalidad que procede del nerviosismo.

Una marejada de pensamientos absurdos sigue reventando olas violentas en su cerebro.

«¿Subirá más la marea? ¿Llegará a romper la tempestad amenazadora que todos parecen desear?»

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

Hamburgo 24-11-65